

- **Hammersley**, M. y P. Atkinson (1994) *Etnografía. Métodos de Investigación* (Barcelona: Paidós) Capítulo 1: “¿Qué es la etnografía?”.

CAPÍTULO 1

¿QUÉ ES LA ETNOGRAFÍA?

En los últimos años, entre los investigadores de varios campos ha crecido el interés, tanto teórico como práctico, por la etnografía. En gran medida, ello se debe a la desilusión provocada por los métodos cuantitativos, métodos que han detentado durante mucho tiempo una posición dominante en la mayor parte de las ciencias sociales. De todas formas, es propio de la naturaleza de los movimientos de oposición que su cohesión sea más negativa que positiva: todo el mundo está más o menos de acuerdo en qué es a lo que hay que oponerse, pero hay menos acuerdo en la concepción de alternativas. Así, a lo largo de los numerosos campos en que ha sido propuesta la etnografía, o a veces algo parecido a ella, podemos encontrar diferencias considerables en cuanto a las prescripciones y a la propia práctica. Existe desacuerdo sobre si la característica distintiva de la etnografía es el registro del conocimiento cultural (Spradley, 1980), la investigación detallada de padrones de interacción social (Gumperz, 1981) o el análisis holístico de sociedades (Lutz, 1981). Algunas veces la etnografía se define como esencialmente descriptiva, otras veces como una forma de registrar narrativas orales (Walker, 1981); como contraste, sólo ocasionalmente se pone el énfasis en el desarrollo y verificación de teorías (Glaser y Strauss, 1967; Denzin, 1978).

Más adelante veremos cómo, para nosotros, la etnografía (o su término cognado, «observación participante») simplemente es un método de investigación social, aunque sea de un tipo poco común puesto que trabaja con una amplia gama de fuentes de información. El etnógrafo, o la etnógrafa, participa, abiertamente o de manera encubierta, de la vida cotidiana de personas durante un tiempo relativamente extenso, viendo lo que pasa, escuchando lo que se dice, preguntando cosas; o sea, recogiendo todo tipo de datos accesibles para poder arrojar luz sobre los temas que él o ella han elegido estudiar.

En muchos sentidos la etnografía es la forma más básica de investigación social. No sólo tiene una larga historia (Wax, 1971) sino que también guarda una estrecha semejanza con la manera cómo la gente otorga sentido a las cosas de la vida cotidiana. Algunos autores ven en ello su fuerza básica, mientras otros lo ven como una importante debilidad. La etnografía ha sido a veces descalificada como impropia para las ciencias sociales porque los datos e información que ella produce son «subjetivos», meras impresiones idiosincrásicas que no pueden proporcionar un fundamento sólido para el análisis científico riguroso. Otros argumentan que sólo a través de la etnografía puede entenderse el sentido que da forma y contenido a los procesos sociales. Métodos «artificiales», tales como experimentos y entrevistas codificadas, son rechazados bajo el argumento de que estos procedimientos son incapaces de captar el significado de las actividades humanas cotidianas.

Realmente, debe rechazarse la noción de una ciencia de la vida social que explica el comportamiento humano en términos causales.

Todas las investigaciones sociales sienten la tensión entre, de un lado, concepciones modeladas por las prácticas de las ciencias naturales, y, de otro, por ideas sobre la especificidad del mundo social y sus implicaciones respecto a la forma como éste debería ser estudiado. A menudo esta tensión se presenta como una elección entre dos paradigmas en conflicto (Wilson, 1971; Johnson, 1975; Schwartz y Jacobs, 1979). Además de que, con frecuencia, son varios los nombres dados a estos paradigmas, existe una considerable superposición de contenidos entre los diferentes estudios sobre el tema. Siguiendo la mayoría de los estudios precedentes llamaremos a estos paradigmas de «positivismo» y «naturalismo», el primero privilegiando los métodos cuantitativos, el segundo promocionando la etnografía como el método central, si no el único legítimo, de investigación social.

Desde nuestro punto de vista, las exposiciones sobre los paradigmas se entienden mejor cuando se presentan como intentos de reconstruir la lógica-en-uso (Kaplan, 1964) de la investigación social. Desde la perspectiva, y especialmente, en lo que respecta a la etnografía, ni el positivismo ni el naturalismo son completamente satisfactorios. En nuestra opinión, ambos comparten una misma suposición fundamental que está equivocada: ambos mantienen una separación radical entre la ciencia social y su objeto. Intentaremos mostrar cómo una vez reconocido el carácter reflexivo de la investigación social como parte del mundo que estudia, muchos de los temas planteados por la disputa en torno al positivismo se vuelven más fáciles de resolver, y aparece más clara la contribución específica que puede aportar la etnografía.

Positivismo y naturalismo

Comenzaremos por examinar el positivismo y el naturalismo y sus implicaciones en la etnografía. No obstante, se debería notar que, si bien existe cierta afinidad entre las ideas que agrupamos bajo estos rótulos, no queremos decir con ello que los científicos sociales puedan ser clasificados rígidamente en uno de los dos grupos que resultan de esta división. Efectivamente, incluso aquellos cuyos trabajos citamos para ejemplificar alguna característica de las dos perspectivas, no necesariamente se adhieren siempre a la perspectiva *in toto*. En vez de producir descripciones precisas de las perspectivas metodológicas de determinados grupos de científicos sociales, hemos preferido identificar dos corrientes influyentes de pensamiento sobre la naturaleza de la ciencia social en general y de la etnografía en particular. Durante todo el libro éstas nos servirán como referencias a partir de las cuales estableceremos nuestra propia posición.

El positivismo ha tenido una larga historia en la filosofía y alcanzó su apogeo con el «positivismo lógico» de los años treinta y cuarenta (Kolakowski, 1972). Este movimiento tuvo una considerable influencia sobre los científicos sociales,

particularmente en la promoción del status de la investigación experimental, de encuestas y de formas cuantitativas de análisis asociadas con éstas. Mientras que antaño, tanto en sociología como en psicología social, las técnicas de análisis cuantitativas y cualitativas generalmente se usaban simultáneamente (frecuentemente por el mismo investigador), actualmente hay una tendencia hacia la formación de tradiciones metodológicas independientes, entre las cuales las legitimadas por el positivismo se han vuelto dominantes. En estas disciplinas la distinción entre métodos cuantitativos y cualitativos se ha metamorfoseado gradualmente en un abismo epistemológico.

Hoy en día, el término «positivismo» se usa con una variedad de sentidos confusos. Durante los últimos diez años se ha convertido en un término del cual han abusado los científicos sociales. Para nuestros propósitos, los principales dogmas del positivismo pueden ser desarrollados de la forma siguiente (para una discusión más detallada véase Keat y Urry, 1975; Giddens, 1979; y Cohen, 1980):

1. La ciencia natural, concebida en términos de la lógica del experimento, es el modelo de la investigación social. Aunque es cierto que los positivistas no quieren decir que todos los métodos de las ciencias naturales sean iguales, sí que asumen que ellos comparten una lógica común. Ésta es la lógica del experimento donde variables cuantitativamente medidas son manipuladas con el objetivo de identificar las relaciones existentes entre ellas. Esta lógica, dicen, es la característica definidora de la ciencia. *Leyes universales.* El positivismo ha adoptado una concepción característica de la explicación, normalmente llamado modelo de la «ley protectora». Aquí los eventos son explicados siguiendo un método deductivo por medio del apelo a leyes universales que establecen relaciones regulares entre variables, y que permanecen constantes en todas las circunstancias. Sin embargo, la versión estadística de este modelo, en el cual las relaciones tienen sólo una determinada *probabilidad* de aplicarse a todas las circunstancias, ha sido la más adoptada por los científicos sociales, y esto ha motivado un gran interés por los procedimientos de muestreo, especialmente en las investigaciones que utilizan encuestas. En este modelo es especialmente importante la capacidad de generalizar resultados.

2. El lenguaje de la observación neutral. Por último, se le otorga prioridad epistemológica y/u ontológica a los fenómenos que son directamente observables; cualquier apelo a intangibles corre el riesgo de ser descalificado como un sin sentido metafísico. Las teorías científicas deben estar fundadas en -y probadas por medio de- descripciones que simplemente correspondan al estado de las cosas, sin envolver presupuestos teóricos, quedando así libre de dudas. Esta fundamentación puede consistir en datos proporcionados por los sentidos -como en el empirismo tradicional, o, como en versiones más tardías- del ámbito de lo «directamente observable»: el movimiento de los objetos físicos, el mercurio en un termómetro, por ejemplo, permite con más facilidad alcanzar un consenso entre todos los observadores. Pero la observación en ciencias sociales no es una actividad tan transparente como leer

un termómetro, lo que ha llevado a que la preocupación por adoptar un lenguaje teóricamente neutro haya puesto todo el énfasis en la estandarización de los procedimientos de observación. Se intenta con ello elaborar criterios sólidos que sean estables para todos los observadores. Si los criterios son confiables en este sentido, se arguye, tendremos una base teóricamente neutra sobre la cual trabajar.

Central al positivismo es, pues, una determinada concepción del método científico, siguiendo el modelo de las ciencias naturales, y, en particular, el de la física (Toulmin, 1972). Método, aquí, quiere decir verificación de teorías. Se traza una distinción radical entre el contexto de los descubrimientos y el contexto de la justificación (Reichenbach, 1938 y 1951). Son los procedimientos usados en el segundo los que marcan la diferencia entre la ciencia y el sentido común, con el objetivo de reemplazar éste por un cuerpo de conocimientos científico.

La característica más importante de las teorías científicas es que éstas están abiertas y sujetas a comprobación: pueden ser confirmadas o falsadas. Este procedimiento de comprobación consiste en verificar lo que la teoría dice que ocurre bajo ciertas circunstancias; es decir, cotejar la teoría con los «hechos» (Goode y Hatt, 1952). Estos hechos se registran por medio de métodos que, como los hechos, son vistos como teóricamente neutros; de otra forma, dicen, no podrían proporcionar validez a la teoría. En particular, los intentos realizados con el propósito de eliminar los efectos del observador se llevan a cabo mediante el desarrollo de un cuerpo teórico explícito y estandarizado. Ello permite que otros puedan hacer réplicas, de forma que se pueda apreciar la confiabilidad de los resultados (Moser y Kalton, 1971). Por ejemplo, en las investigaciones que usan encuestas, el comportamiento de los entrevistadores debe ser especificado en relación al enunciado de las preguntas y al orden en el cual éstas son formuladas. En experimentos, el comportamiento de los experimentadores y las instrucciones que él o ella dan a los sujetos están muy detallados. Si se puede asegurar que todas las personas sometidas a experimentos o encuestas a lo largo de diferentes situaciones de estudio se han confrontado con el mismo tipo de estímulos, entonces, se argumenta, sus respuestas serán conmensurables. Cuando no se emplean tales procedimientos explícitos y estandarizados, como en la observación participante, entonces, continúan diciendo, es imposible saber cómo interpretar las respuestas puesto que no sabemos con precisión a qué están respondiendo. Tales investigaciones, dicen, sólo pueden hacer especulaciones sobre relaciones causales ya que no hay una base disponible que permita verificar hipótesis.

Como reacción contra este criticismo positivista, en los últimos cuarenta años los etnógrafos han desarrollado una perspectiva alternativa sobre la naturaleza propia de la investigación social, frecuentemente denominada «naturalismo» (Blumer, 1969; Lofland, 1967; Matza, 1969; Denzin, 1971; Schatzman y Strauss, 1973; Guba, 1978; véase también Williams, 1976).

El naturalismo propone que, tanto cuanto sea posible, el mundo social debería ser estudiado en su estado «natural», sin ser contaminado por el investigador. Procedimientos «naturales», no «artificiales» como experimentos o entrevistas formales, deberían ser la fuente primaria de datos. Además, el desarrollo de la investigación debe ser sensible respecto a la naturaleza del lugar. Un elemento clave para el naturalismo es la insistencia en que el investigador social adopte una aptitud de «respeto» o «aprecio» hacia el mundo social. Como dice Matza, el naturalismo es la perspectiva que permanece fiel a la naturaleza de fenómeno que se está estudiando (1964:5). Esto se contrapone a la concepción positivista del método científico como una reconstrucción de la experiencia de las ciencias naturales:

La realidad existe en el mundo empírico y no en los métodos usados para estudiar ese mundo; ésta debe ser descubierta en el análisis de ese mundo... los métodos son meros instrumentos diseñados para identificar y analizar el carácter inmutable del mundo empírico y, como tales, su valor existe sólo en la medida en que son apropiados para la realización de esta tarea. En este sentido fundamental, los procedimientos empleados en cada fase de la acción científica investigadora deberían ser valorados en términos de su grado de respeto a la naturaleza del mundo empírico que estudian -si lo que ellos presentan como el verdadero significado del mundo empírico lo es realmente.

(Blumer, 1969:27-28)

De acuerdo con esta perspectiva, un primer requisito de la investigación social es ser fiel a los fenómenos que se están estudiando, y no a algún cuerpo particular de principios metodológicos, aunque éste esté sólidamente fundamentado por argumentos filosóficos. Además, los fenómenos sociales presentan características muy diferentes de los fenómenos naturales. El naturalismo se mueve dentro de una amplia gama de corrientes filosóficas y sociológicas: el interaccionismo simbólico, la fenomenología, la hermenéutica, la filosofía lingüística y la etnometodología. Desde diversas perspectivas, esta variedad de tradiciones coinciden en que el mundo social no puede ser entendido en términos de relaciones causales o mediante el encasillamiento de los eventos sociales bajo leyes universales. Esto es así porque las acciones humanas están basadas e incorporadas por significados sociales: intenciones, motivos, actitudes y creencias. Así por ejemplo, en el corazón del interaccionismo simbólico yace una reacción contra el modelo de comportamiento basado en la dinámica estímulo-respuesta, desarrollado por los argumentos metodológicos del positivismo. Desde el punto de vista de los interaccionistas, la gente *interpreta* estímulos, y esas interpretaciones, sujetas a una continua revisión conforme al acontecer de los eventos, moldean sus acciones. El mismo estímulo físico puede significar cosas diferentes para personas diferentes e incluso para las mismas personas en situaciones diferentes.

Según esta argumentación, el uso de métodos estandarizados no asegura de ninguna manera la conmensurabilidad de la información producida. De hecho, ocurre más bien lo contrario. Las interpretaciones de un mismo grupo de

instrucciones experimentales o cuestiones de entrevista variarán, indudablemente, de una persona a otra y en ocasiones diferentes. De acuerdo con el naturalismo, para comprender el comportamiento de la gente debemos aproximarnos de forma que tengamos acceso a los significados que guían ese comportamiento. Afortunadamente, las capacidades que hemos desarrollado como actores sociales pueden darnos ese acceso. Como observadores participantes podemos aprender la cultura o subcultura de la gente que estamos estudiando. Podemos llegar a interpretar el mundo de la misma forma que ellos lo hacen.

La necesidad de aprender la cultura de aquellos a quienes estamos estudiando es mucho más obvio en el caso de sociedades distintas a la nuestra. Aquí no sólo no podemos saber el *por qué* la gente hace lo que hace, muchas veces ni siquiera sabemos *qué* es lo que están haciendo. Nos encontramos como en la situación de extrañamiento referida por Schutz (1964). Schutz cuenta que durante las semanas y los meses siguientes a la llegada del inmigrante a la sociedad de acogida, lo que él o ella pensaban sobre aquella sociedad se revelaba de dudosa validez, incluso falso. Además, aspectos que se ignoraban porque previamente se habían considerado de poca importancia, paulatinamente iban adquiriendo gran significación, lo que hacía necesario afrontarlos para cumplir objetivos importantes, tal vez incluso hasta para lograr la propia supervivencia del recién llegado. En el proceso de aprendizaje de cómo comportarse en las situaciones extrañas que componen el nuevo ambiente, el extraño va adquiriendo un conocimiento interno que suplanta al conocimiento «externo» previo. Schutz señala que, como consecuencia de estar forzado a entender la cultura de la sociedad de acogida, el extraño adquiere una cierta objetividad no accesible para los miembros de la cultura en cuestión. Estos viven dentro de su cultura, incapaces de verla como algo que no sea un simple reflejo de «cómo es el mundo». No son conscientes de elementos fundamentales, muchos de los cuales son distintivos de esa cultura y moldean su visión.

Como señala Schutz, la experiencia del extrañamiento no está vetada para los que se mueven en el interior de una determinada sociedad. El movimiento entre grupos dentro de una sociedad puede producir los mismos efectos aunque, generalmente, de manera más suave. De acuerdo con lo que dicen los naturalistas, el valor de la etnografía como método de investigación social se funda en la existencia de dicha variedad de padrones culturales -ya sea dentro de una misma sociedad o entre sociedades diferentes- y en su relevancia para entender procesos sociales. La etnografía explota la capacidad que cualquier actor social posee para aprender nuevas culturas, y para alcanzar la objetividad a la que lleva este proceso. Incluso cuando él o ella están investigando un grupo o lugar familiar el observador participante tiene que tratarlo con «extrañamiento antropológico», en un esfuerzo por hacer explícitas las suposiciones que los «nativos» naturalizan como miembros de esa cultura. De esta forma, la cultura se vuelve susceptible de ser tratada como objeto de estudio. A través de la marginalidad, en la perspectiva, y quizá también en la posición social del investigador, el naturalismo sostiene que es posible construir un relato de la cultura estudiada en el que ésta aparezca como independiente y externa al investigador; en otras palabras, como un fenómeno natural. De hecho, la

principal finalidad es la *descripción* de culturas. Se renuncia a la búsqueda de leyes universales en favor de descripciones detalladas de la experiencia concreta de la vida dentro de una cultura particular, y de las reglas o padrones sociales que la constituyen. No se contemplan intentos de ir más allá de esto, para explicar formas culturales específicas. Como dice Denzin (1971:168) «los naturalistas se resisten a los esquemas o modelos que simplifican la complejidad de la vida cotidiana».

En conclusión, el naturalismo presenta la etnografía como el método preeminente, si no exclusivo, de investigación social. Ello es así porque cualquier predicado sobre el comportamiento humano requiere que entendamos los significados sociales que nos informan sobre aquél. La gente interpreta los estímulos en términos de tales significados, no responden meramente ante el ambiente físico. Tal comprensión requiere que aprendamos la cultura de aquellos a quienes estamos estudiando. Y esto no se puede hacer por medio del seguimiento de procedimientos estandarizados; es un proceso natural análogo a la experiencia de cualquier extraño aprendiendo la cultura de un grupo. La tarea consiste en realizar descripciones culturales; cualquier cosa que vaya más allá de esto será rechazada por imponer simples categorías y la arbitrariedad del investigador sobre una realidad compleja. La centralidad del significado tiene como consecuencia que el comportamiento de las personas sólo pueda ser entendido dentro de un contexto. Por esta razón, se debe estudiar el comportamiento «natural» de las personas: no podemos entender el mundo social estudiando estímulos artificiales a través de experimentos o entrevistas. Restringir la investigación de prácticas, sociales a tales procedimientos es apenas descubrir cómo la gente se comporta en situaciones experimentales y de entrevistas.

Los problemas del naturalismo

Los orígenes de la confrontación entre las posiciones sobre la naturaleza de la investigación social que hemos visto pueden remontarse a las diferencias entre Platón y Aristóteles (Von Wright, 1971; Levy, 1981). De cualquier manera, será especialmente en los últimos cincuenta años cuando esas ideas generarán tradiciones de investigación específicas dentro de algunas disciplinas de las ciencias sociales. Estudiosos del siglo xix, tales como Mayhew (1861), LePlay (1879), y Booth (1902-1903), usaban de forma complementaria las técnicas cuantitativas y cualitativas. Incluso los sociólogos de la Escuela de Chicago, frecuentemente representados como radicales interaccionistas y archiexponentes de la observación participante, empleaban tanto los «estudios de caso» como los métodos «estadísticos». Si bien había constantes debates entre ellos reivindicando los usos y ventajas relativas de cada técnica, había un consenso generalizado sobre el valor de ambas (Harvey, 1982). Ha sido más recientemente, con el rápido desarrollo de los métodos estadísticos y la creciente influencia de la filosofía positivista, que la investigación basada en cuestionarios ha sido contemplada por algunos de sus practicantes como una tradición metodológica autosuficiente. En psicología social

este proceso comenzó con anterioridad y fue donde los experimentos se hicieron más dominantes.

En sociología, el naturalismo surgió como una reacción contra el crecimiento de la tradición que investigaba a través de cuestionarios, con la intención de construir un paradigma alternativo, diseñado para proteger de la crítica positivista la etnografía y otras :étnicas cualitativas. El pionero en las décadas de los 40 y 50 fue Herbert Blumer (Blumer, 1969), y en los años 60 esta tendencia fue reforzada por el renacimiento de la sociología interpretativa. Incluso dentro de la antropología, donde la etnografía siempre ha sido el principal método de investigación, se ha producido una tendencia similar, aunque menos intensa, hacia el establecimiento de varias tradiciones de investigación (Pelto y Pelto, 1978). En psicología social sólo más recientemente la hegemonía de los experimentos ha estado seriamente amenazada (Harré y Secord, 1972; Cronbach, 1975; Rosnow, 1981).

Indudablemente, muchas de las críticas naturalistas al positivismo están bien fundadas. La fuerza de algunas de éstas ha llegado inclusive a ser reconocida por experimentalistas y diseñadores de encuestas. Los problemas que devienen de establecer inferencias a partir de respuestas conseguidas bajo condiciones de experimentación, o en deducir lo que la gente hace cotidianamente a partir de lo que es dicho en una entrevista, han sido listado bajo el título de «validez ecológica» (Brunswik, 1956; Bracht y Glass, 1968). En la mayoría de las ciencias naturales, la generalización de resultados a través del tiempo y del espacio presenta pocos problemas. Las sustancias químicas, por ejemplo, generalmente no se comportan de manera diferente si están dentro o fuera de las paredes del laboratorio. No obstante, esto parece ser un serio problema en el estudio del comportamiento humano. A partir de una mínima reflexión sobre la vida cotidiana, se percibe que, sin duda, la gente se comporta, y se espera que se comporte, de forma diferente en función del contexto (Deutscher, 1973).

Uno de los aspectos de validez ecológica -el efecto de los investigadores y sus procedimientos tienen sobre las respuestas de las personas estudiadas- ha sido objeto de una atención considerable (Orne, 1962; Rosenthal, 1966; Hyman, 1954; Sudman, 1974; Schuman, 1982). Similarmente, el reconocimiento de las dificultades existentes en la interpretación de las respuestas de los informantes ha llevado a llamamientos para fomentar trabajos piloto de tipo etnográfico en encuestas y de entrevistas informales en experimentos. Ha habido incluso llamamientos para que la observación participante sea usada como suplemento o complemento de estos métodos (Crowle, 1976).

Por supuesto que los que trabajan dentro de la tradición de cuestionarios y experimentos no suelen extraer las mismas conclusiones del criticismo naturalista que las que extraen los propios naturalistas. Comprensiblemente, ellos se muestran reticentes a abandonar experimentos y encuestas a cambio de una confianza exclusiva en la etnografía. Y todavía están menos dispuestos a aceptar la hostilidad de los naturalistas frente a las explicaciones causales y, desde nuestro

punto de vista, hacen bien en no aceptarla. Si muchos de ellos ya se han dado cuenta de las implicaciones positivas que devienen del naturalismo, ciertamente, es correcta su negativa a incorporarlo *in toto*.

Los naturalistas tienen razón al señalar los peligros que residen en extraer inferencias de lo que la gente hace cotidianamente a partir de lo que los informantes dicen y hacen en situaciones de investigación, pero el problema de la validez ecológica es más sutil de lo que ellos suponen. Los procedimientos «artificiales» no sólo no tienen por qué ser siempre ecológicamente poco representativos en aspectos significativos, sino que los resultados de investigaciones llevadas a cabo bajo los procedimientos del naturalismo también pueden ser ecológicamente inválidos. Debido a la influencia que el observador participante puede tener en el lugar estudiado, y/o los efectos de los ciclos temporales dentro de un lugar (Ball, 1983), las conclusiones que él o ella extraen de los datos no son necesariamente válidos para el mismo lugar en situaciones diferentes. Por la misma razón, descubrimientos producidos por la observación participante en un lugar pueden no ser válidos para otro lugar del «mismo tipo».

A un nivel más profundo, la noción misma de procedimientos «naturales» y «artificiales» conduce a una situación confusa. Paradójicamente, para aceptar esta distinción es necesario tomar por real la retórica de los positivistas, es decir, pensar como si ellos realmente se hubieran convertido en marcianos, observando a la sociedad desde fuera (Davis, 1973). Los métodos artificiales establecidos por los investigadores son parte de la sociedad. Verdaderamente, la fuerza real de la crítica naturalista a experimentos y cuestionarios consiste precisamente en decir que éstos se dan en ocasiones sociales sujetas a procesos de interpretación simbólica e interacción social ubicados dentro de la sociedad y que, además, amenazan constantemente con invalidar los intentos positivistas de manipular variables.

Esta ambivalencia por parte del naturalismo acerca de la naturaleza de los procedimientos «artificiales» es síntoma de un problema más amplio. Refleja un conflicto entre la descripción que nos dan de la investigación social, bordeando el realismo ingenuo, y su concepción de los actores sociales, derivada del interaccionismo simbólico y otras formas de sociología interpretativa.

Donde el positivismo enfatiza la verificación de hipótesis, y en particular el papel de «experimentos cruciales», el naturalismo define la investigación como una exploración. Hay un fuerte paralelismo aquí con la visión de algunos de los científicos naturales prístinos:

En los inicios de la ciencia se creía que la verdad yacía a nuestro alrededor... estaba allí para ser tomada... esperando, como un campo de trigo, esperando pacientemente a ser cosechado y almacenado. La verdad se nos revelaría a sí misma si *observáramos* la naturaleza con la visión amplia y la percepción inocente que se pensaba que la humanidad había poseído en los días felices que precedieron a la

condena del pecado original..., antes que nuestros sentidos se cegaran por el prejuicio y la ofensa. Así, la verdad sólo puede ser captada si apartamos el velo del prejuicio y *observamos las cosas tal como ellas son*.

(Medawar, 1979:70)

De acuerdo con el naturalismo, antes que importar métodos de las ciencias físicas, debemos adoptar una aproximación que respete la naturaleza del mundo social y que permita revelarnos su naturaleza. Algunas veces este argumento toma una dimensión política porque el objeto que se estudia en la investigación social son personas que tienen sus propios puntos de vista, perspectivas que a través de sus acciones también moldean el mundo social. La teoría interaccionista muestra cómo algunos grupos poderosos son capaces de imponer a otros sus «definiciones de la realidad», y que este análisis es perfectamente aplicable a la investigación social, concluyendo que la ciencia no debería colaborar así con la opresión social. Como respuesta a esto, la tarea investigadora se redefine como comprensiva con las perspectivas de los actores sociales, en especial con las de los «dominados» (Becker, 1967; Gouldner, 1968).

Aunque es un buen antídoto para la exagerada preocupación de positivismo con la verificación de hipótesis, esta metodología inductista está fundamentalmente equivocada. ¿Cómo podemos descubrir la naturaleza del mundo social sin emplear algún tipo de método? Efectivamente, ¿no es precisamente el descubrimiento de la naturaleza de los fenómenos sociales el objetivo de la ciencia: sociales? Mientras que algunos métodos pueden ser más estructurados y selectivos que otros, cualquier investigación exploratoria sin duda, envuelve selección e interpretación. Incluso en los estudios a más pequeña escala, no podríamos emprender una descripción de todos los fenómenos; cualquier descripción que produjamos estará inevitablemente basada sobre inferencias. Así, por ejemplo, cuando procedemos a describir una cultura, operamos sobre el supuesto de que existen «cosas» a las que se llama cultura y que tenemos alguna idea de cómo son; y, entre lo que observamos, seleccionamos para el análisis los aspectos que juzgamos sean «culturales». Si bien es verdad que no hay nada malo en tales descripciones culturales, el tipo de metodología empirista propia de naturalismo lleva la teoría implícita y, así, impide sistemáticamente su desarrollo y verificación.

Uno de los predicados más importantes del naturalismo es que todas las perspectivas y culturas son racionales. Comprender una cultura se convierte en el primer requisito, y cualquier intento de explicarla en términos de intereses materiales o distorsiones lógicas es vista como incompatible con tal comprensión. Aquí cor, funden la notable diferencia que hay entre inteligibilidad y validación. Las perspectivas no tienen por qué ser verdaderas para ser inteligentes, aunque es necesario decir que toda ciencia debe asumir que la verdad es inteligible. El naturalismo adopta la suposición, bastante común pero errónea, de que sólo las falsas creencias pueden ser explicadas sociológicamente, lo que conduce a un relativismo extremo. Si bien evitan las consecuencias normales del relativismo -la imposibilidad de cualquier conocimiento-, el costo es, de cualquier modo, bastante

alto: la investigación social se limita a la descripción cultural. Ir más allá equivaldría a decir que las culturas estudiadas son artificiales, producto de causas sociales en vez de ser los miembros de esa cultura los que constituyen la realidad.

Ésta es una conclusión paradójica. En cuanto los miembros de una cultura pueden, libre y legítimamente, contrastar las representaciones con los hechos, y frecuentemente usan explicaciones causales para referirse al comportamiento de otros, el científico social no puede hacer esto so pena de ser acusado de « distorsionar la realidad». La vía de escape que el naturalismo tiene para huir del relativismo consiste en aplicar teorías diferentes a la forma en que investigadores sociales de un lado y miembros de una cultura de otro, otorgan sentido al mundo social. Las restricciones que se imponen a la investigación social hacen que ésta se limite a la descripción cultural, y sirven para mantener separadas esas dos teorías y prevenirlas de entrar en conflicto.

En efecto, lo que tenemos aquí es la misma distinción entre ciencia y sentido común que residía en el corazón del positivismo. Aunque el naturalismo conceptualiza la ciencia y el sentido común de forma muy diferente e invierte su *status* y su poder, la distinción permanece. Esta distinción es similar a la adoptada en muchas ocupaciones y frecuentemente planteada por científicos sociales al respecto del conocimiento profano y profesional. Por supuesto que la cuestión de establecer quién es profesional y quién es lego, es relativa a una determinada ocupación, pero el contraste entre ciencia y sentido común, como otras estrategias usadas por los profesionales para resaltar su sabiduría frente a la ignorancia del resto de los legos, oscurece la realidad. Efectivamente, la distinción entre ciencia y sentido común, ya sea usada por el positivismo o por el naturalismo, viene a querer decir que la ciencia es muy diferente a la sociedad y que los científicos, *qua* científicos, son bastante diferentes a la gente en general.

Reflexividad

La separación entre ciencia y sentido común, entre las actividades del investigador y las de los investigados, permanece en el centro tanto del positivismo como del naturalismo. Es esto lo que lleva a la obsesión que ambos tienen por eliminar los efectos del investigador sobre los datos. Para unos la solución es la estandarización de los procedimientos de investigación, para los otros es la experiencia directa del mundo social, cuya versión extrema sería aconsejar al etnógrafo para que se «rinda» a las culturas que desea estudiar (Wolff, 1964; Jules-Rosette, 1978). Ambas posiciones asumen que es posible, al menos en teoría, aislar una serie de datos no contaminados por el investigador, posible en cuanto él o ella se han vuelto autómatas o receptores neutrales de experiencias culturales. Sin embargo, es inútil perseguir este tipo de cosas en la investigación empírica puesto que todo tipo de datos presupone un trasfondo teórico (Hanson, 1958).

El primer y más importante paso que hay que dar para resolver los problemas planteados por el positivismo y el naturalismo es reconocer el carácter reflexivo de la investigación social, o sea, reconocer que somos parte del mundo social que estudiamos (Gouldner, 1970; Borhek y Curtis, 1975; y Hammersley, 1982b). Y esto no es meramente una cuestión metodológica, es un hecho existencial. No hay ninguna forma que nos permita escapar del mundo social para después estudiarlo ni, afortunadamente, ello es siquiera necesario. No podemos evitar el confiar en el conocimiento del «sentido común» ni eludir nuestros efectos sobre los fenómenos sociales que estudiamos. Hay pues tan poca justificación en rechazar el conocimiento del sentido común sobre la base de que éste es irrelevante como en aceptar que es «válido en sus propios términos»: no tenemos una perspectiva conclusiva y estandarizada que permita juzgarlo. Debemos trabajar con el conocimiento que tenemos, reconociendo que puede ser erróneo, y someterlo a un examen sistemático cuando la duda parezca estar justificada. Similarmente, en vez de tratar la reacción ante nuestra presencia meramente como una suerte de parcialidad, podemos explotarla. Estudiar cómo la gente responde a la presencia del investigador puede ser tan informativo como analizar la forma como ellos reaccionan frente a otras situaciones.

Cualquiera que sea la distintividad de los propósitos de la ciencia social, los métodos que emplea no son otra cosa que refinamientos o desarrollos de los métodos que se usan en la vida cotidiana. Esto es obvio en el caso de la etnografía, y tal vez también en el uso que los historiadores hacen de documentos (Barzun y Graff, 1970), pero es igualmente cierto para otros métodos. La entrevista, como «conversación estructurada», no es de ninguna manera exclusiva de la investigación social. La entrevista periodística, la de los trabajadores sociales, la de los investigadores de mercado y la de los científicos sociales son respectivamente portadoras de características específicas, variaciones superpuestas de un único formato interactivo. Lo mismo se aplica, de forma tal vez no tan clara, al experimento. Aunque pocas personas aparte de los científicos usan experimentos de laboratorio, la concepción genérica de la experimentación está ampliamente extendida. Como explica Medawar (1979:69) «en el sentido original baconiano es algo planeado, como opuesto a la experiencia natural o a los acontecimientos -es una consecuencia de “probar”». Los experimentos son preguntas que se hacen al mundo: «¿qué pasaría si ...?». Este tipo de experimentación es común en la vida cotidiana y el experimento «genuino» de laboratorio es simplemente un refinamiento de esto. La experimentación se funda sobre los principios más básicos de la verificación de hipótesis a través de la comparación de casos. Lo que se comprueba son predicciones, que no necesitan ser relativas a eventos futuros, sin considerar tampoco las que son plausibles de manipulaciones por parte del investigador. Son predicciones en el sentido de que anteceden el conocimiento que el investigador tiene de su valor de verdad (Reilly, 1970).

Decimos entonces que la verificación de hipótesis no está necesariamente restringida a la ciencia. De hecho, la importancia de la comprobación de hipótesis ya ha sido destacada en una amplia variedad de áreas, incluyendo la percepción

(Gregory, 1970) y el lenguaje (Chomsky, 1968). Inclusive juega un papel relevante en el proceso que el naturalismo define como central a la investigación social: comprender las acciones de otros. Cuando observamos el comportamiento de personas derivamos hipótesis de nuestro conocimiento cultural para describir y explicar sus acciones, hipótesis que confrontamos con información posterior. Así, por ejemplo, si tenemos alguna idea de cómo es la vida en una escuela, podremos adivinar que cuando un alumno levanta su mano puede querer decir que él se está ofreciendo para responder a una pregunta del profesor, o se está presentando como voluntario para hacer alguna tarea, o quiere preguntar alguna cosa que no ha entendido. Para descubrir cual de estas explicaciones es la correcta, o si hay alguna otra que sea más apropiada, tenemos que investigar el contexto en el que ocurre la acción; esto es, tenemos que extraer significados posibles de la cultura circundante o de otras acciones aparentemente relevantes. Una vez hecho esto, debemos comparar los significados posibles de cada acción y decidir qué forma toma el modelo de comportamiento más plausible. Así, para tomar un ejemplo simple, si el profesor acaba de hacer una pregunta, podríamos concluir que el alumno se está ofreciendo para proporcionar una respuesta. Si, de todas formas, el profesor elige otro alumno para responder y éste da una respuesta satisfactoria, y nuestro alumno todavía continúa con la mano levantada, podemos sospechar que su verdadera intención original no era responder a la pregunta del profesor sino decir o pedir una cosa diferente. Puede ser también que el alumno esté soñando y no se haya dado cuenta de que la pregunta ya ha sido respondida, o que él piense que la respuesta dada es incorrecta o quiera añadir algo a lo dicho. Estas hipótesis alternativas pueden ser probadas con observaciones prolongadas y quizá también por medio de preguntas realizadas al alumno en cuestión.

La moraleja que se saca de esto es que cualquier investigación social toma la forma de observación participante: implica participar en el mundo social, cualquiera que sea su papel, y reflexionar sobre los efectos de esa participación. Indistintamente del método utilizado, en esencia no es diferente a otras formas de actividad práctica cotidiana, aunque por supuesto esté más cercano de unas que de otras. Como participantes en el mundo social también somos capaces, al menos en anticipaciones o retrospectivas, de observar nuestras actividades «desde fuera», como objetos en el mundo. Ciertamente, es esta capacidad la que nos permite coordinar nuestras acciones. Aunque hay diferencias en los propósitos y a veces también en el refinamiento del método, la ciencia no emplea un equipamiento cognitivo de un tipo esencialmente diferente al que está disponible para los no científicos.

Según nuestra opinión, la reflexividad tiene algunas implicaciones metodológicas importantes. Por una parte, parecen imposibles los intentos de basar la investigación social sobre fundamentos epistemológicos independientes del conocimiento del sentido común. Como señala Rescher (1978:20), la búsqueda de «verdades certeras, cristalinas e indudables, completamente inalcanzables por la posibilidad de la invalidación... representa una de las búsquedas más quijotescas

de la filosofía moderna». Ésta es una visión que se corresponde estrechamente con el «sentido común crítico» de Peirce (Reilly, 1970; Almeder, 1980).

El mismo argumento se puede utilizar contra los esfuerzos por construir paradigmas de investigación social alternativos fundados en suposiciones epistemológicas y ontológicas opuestas. Ello nos lleva a ver las ciencias sociales compartiendo muchas cosas con las ciencias naturales, constituyéndose ambas en la vanguardia del conocimiento del sentido común. Si bien es cierto que los paradigmas juegan un importante papel en la ciencia, su carácter es seguramente menos globalizador de lo que Kuhn y algunos de los que han seguido sus ideas frecuentemente sugiere (Keat y Urry, 1975). Además, las diferencias de perspectiva de la investigación social son meras reconstrucciones de su lógica; son hipótesis sujetas a evaluación en contacto con las evidencias disponibles y con las que estarán disponibles en el futuro. Como hipótesis, no deben ser tratadas como verdades definitivamente validadas, incluso si, para los propósitos prácticos del trabajo científico, son tomadas como verdaderas hasta nueva orden.

La reflexividad tiene repercusiones en la práctica de la investigación social. Antes que enzarzarnos en intentos fútiles de eliminar los efectos del investigador sobre los datos deberíamos preocuparnos por entenderlos; un punto que Schuman ha señalado recientemente en relación a encuestas:

La posición básica que tomaré es simple: los artificios están en la mente de quien los ve. Fuera de una o dos excepciones, los problemas que ocurren durante las encuestas, si los tomamos en serio como acontecimientos de la vida, son oportunidades que se nos brindan para una mejor comprensión. Aquí distinguimos entre la encuesta simple y la encuesta científica... Una concepción simplista de la investigación de encuestas toma las respuestas literalmente, ignora las entrevistas como fuentes de influencia y no lleva en serio el problema del muestreo. Una persona que procede de esta manera probablemente caerá en la trampa de su instrumental analítico. La encuesta científica, por el contrario, valora la investigación con encuestas en cuanto búsqueda de significados; las ambigüedades del lenguaje y de la comunicación, las discrepancias entre actitudes y comportamientos, incluso los problemas sin respuesta, en vez de ser ignorados o simplemente vistos como obstáculos a la investigación eficiente, proporcionan una parte importante de la información.

(Schuman, 1982:23)

Es decir, que « lo que se considera como un artificio si es tomado ingenuamente, refleja un acontecimiento de la vida si lo tomamos en serio» (1982:24). Para entender los efectos de la investigación y sus procedimientos, necesitamos comparar informaciones obtenidas en diferentes niveles de reacción a la investigación. Una vez que hayamos abandonado la idea de que el carácter social de la investigación puede ser estandarizado o eludido, ya sea por medio de una metamorfosis en una «mosca en la pared» o mediante una «participación total», el papel del investigador como participante activo en el proceso de

investigación se tornará más claro. El investigador o investigadora son el instrumento de investigación *par excellence*. El hecho de que el comportamiento y las actitudes varíen con frecuencia dependiendo del contexto, y de que el investigador pueda jugar un papel importante en la configuración de esos contextos, se vuelve central para el análisis. Los datos no deben ser tomados acríticamente por sus apariencias, sino que deben ser tratados como un campo de inferencias en el cual pueden ser identificados los modelos hipotéticos y probada su validez. Con el objeto de llegar a conclusiones teóricas se exploran diferentes estrategias de investigación y se comparan sus efectos. Lo que está en juego aquí es la adopción de una mentalidad experimentalista, en el sentido genérico que le hemos dado antes. Las teorías deben hacerse explícitas para aprovechar cualquier oportunidad que tengamos de comprobar sus límites y establecer alternativas. Esta perspectiva contrasta fuertemente con la imagen del investigador social proyectada por el naturalismo, aunque sea más cercana a otros modelos de investigación etnográfica como el de la «teorización fundamentada» (Glaser y Strauss, 1967), la «inducción analítica» (Cressey, 1950; Denzin, 1978), y el modelo estratégico que se encuentra dentro del naturalismo en la obra de Schatzman y Strauss (1973).

La tercera y última conclusión que cabría extraer de la reflexividad es que las teorías que desarrollamos para explicar el comportamiento de los grupos que estudiamos también deberían, donde proceda, ser aplicadas a nuestras propias actividades como investigadores y deberían ayudar al desarrollo de estrategias de investigación. El primer paso que se requiere para ello -el registro de datos sobre el proceso de la investigación- ha progresado desde que Whyte añadió su apéndice metodológico a *Streetcorner Society* en 1955 (Whyte, 1981). Recientemente, esta tendencia se ha fortalecido y en los últimos diez o doce años ha aparecido un número creciente de biografías de investigación. Sin embargo, la etapa posterior consistente en aplicar las teorías existentes o desarrollar nuevas que cuadren con estos datos, casi no se ha trabajado de forma sistemática (no obstante, véase por ejemplo Berreman, 1962 y Martin, 1981). A lo largo del libro intentaremos ilustrar la importancia de ello a través de varios puntos.

Como hemos señalado, la investigación social tiene mucho más en común con otro tipo de actividades de lo que generalmente se asume; obviamente, también es importante para nosotros definir dónde pensamos que reside su distinción. Debemos preguntarnos cuál es el propósito de la investigación social o, como lo dice Garfinkel (1981:vii), «si la ciencia social es la respuesta, entonces, ¿cuál es la respuesta?».

Hemos visto cómo el positivismo y el naturalismo hacen referencia a esta cuestión de maneras muy diferentes. Para el positivismo el objetivo es descubrir leyes universales o al menos elaborar explicaciones acerca de fenómenos particulares formuladas en términos de leyes universales. Por otra parte, para el naturalismo, la única tarea legítima es la descripción cultural.

Desde nuestro punto de vista, la función distintiva de la teoría social es el desarrollo y verificación de teorías; esto es lo que la diferencia del periodismo y de la literatura, aunque tenga muchas cosas en común con esas actividades (Strong, 1982). Además, la idea de la relación entre las variables que, dadas ciertas condiciones, se sostienen a lo largo de todas las circunstancias, parece esencial a la propia concepción de teoría (Willer, 1967). La cuantificación acompaña este proceso como instrumento de precisión; aunque ello no debería ser excusa para la cuantificación indiscriminada que algunas veces el positivismo ha animado.

Sin embargo, en algunos aspectos importantes el modelo positivista es engañoso y el naturalismo instructivo. Por un lado no estaría de más insistir en que el mero establecimiento de una relación entre variables, en cuanto provee una base para la predicación, no constituye una teoría. Una teoría debe incluir referencias a mecanismos o procesos mediante los cuales se establece la relación entre las variables identificadas. Además, tal referencia debe constituirse en algo más que meras especulaciones, y deben ser atendidas la existencia y actuación de esas «variables de intervención» (Keat y Urry, 1975). De la misma manera, aunque el objetivo sea la teoría formalizada no debemos permitir que ello nos ciegue ante el valor de teorías más informales ni debemos ver, exclusivamente, la teorización como algo restringido a los científicos sociales. Como ya notamos antes, no se pueden establecer distinciones radicales entre la teoría y los hechos, ni el conocimiento del sentido común, está confinado en un extremo del continuo teórico-empírico (Kaplan, 1964).

De todas formas, más deficiente aún es la concepción positivista del proceso de investigación, de cómo deben ser alcanzados los objetivos teóricos. El positivismo deposita la confianza en el método hipotético-deductivo el cual, como ya vimos, pone todo el énfasis en la comprobación de teorías, menospreciando aspectos como el origen o el desarrollo de las teorías. Lo que se requiere es que la verdad o falsedad sean comprobadas de la manera más rigurosa posible.

Han habido algunos desacuerdos sobre si las teorías se pueden *comprobar* como válidas, y de hecho parece evidente que no se pueden: siempre existirá la posibilidad de que aparezcan nuevos hechos en el futuro para refutarlas. El intento más elegante de resolver el problema es el trabajo de Karl Popper quien argumenta que mientras las teorías nunca se pueden comprobar como verdaderas, sí que pueden ser refutadas puesto que es suficiente un ejemplo que las contradiga (Popper, 1972; Magee, 1972). Desde esta perspectiva la característica definidora de la ciencia es la tentativa de refutar teorías. La ciencia procede, siempre según Popper, a través de la eliminación progresiva del error.

No obstante, esta definición hace que sea muy difícil entender cómo la ciencia natural ha tenido tanto éxito a la hora de mejorar nuestra comprensión del mundo físico. Como señala Rescher, la idea de que la eliminación del error equivale a progreso científico sólo se sostiene si asumimos que hay un número limitado de hipótesis que demostrar:

Una vez que garanticemos (como Popper continuamente insiste) que cualquier hipótesis que podamos realmente considerar es apenas un pez pescado de entre la infinidad del océano -sólo son instancias aisladas de entre las hipótesis disponibles que ni siquiera hemos considerado, ninguna de las cuales son *prima facie* menos meritorias que las que tenemos-, entonces, la idea misma de buscar la verdad a través de la eliminación del error se torna sin sentido. Si hay una infinidad de caminos que vienen del mismo lugar, no hay razón para pensar que, por eliminar uno o dos, vengamos a estar más cercanos de encontrar justo el que nos lleve al destino deseado.

(Rescher, 1978:53-55)

El argumento de Rescher sugiere que no podemos permitirnos ignorar el contexto del descubrimiento y verdaderamente, continúa sugiriendo, existen procedimientos heurísticos disponibles para el desarrollo de teorías.

De todas formas el problema no es apenas que un número infinito de hipótesis están ahí para ser demostradas. Se espera que los sociólogos elaboren juicios de acuerdo con la plausibilidad de hipótesis particulares, pero no podemos asumir, como hace Pierce (véase Rescher, 1978) en el caso de las ciencias naturales, que éstas deben basarse en una intuición bien fundamentada. Buena parte de las investigaciones antropológicas y sociológicas están preocupadas por la manera como las creencias están estructuradas por procesos sociales. Se ha dado particular énfasis a cómo diferentes grupos desarrollan perspectivas divergentes entre sí sobre los mismos fenómenos y estereotipos. Y, por supuesto, si la investigación social es en sí misma parte del mundo social, no podemos esperar que los científicos sociales escapen impolutos de este proceso. Ahora, esto no implica que las creencias que son socialmente producidas sean necesariamente erróneas. La sociología del conocimiento muestra que el origen de nuestras creencias así como las garantías de certeza que les asignamos, pueden ser diferentes de lo que imaginamos. Ello también significa que los científicos sociales deben tener cuidado de no encorsetarse en las creencias típicas de los círculos sociales en los que se mueven.

El método hipotético-deductivo también ha llevado a la idea de que los estudios deben ser una comprobación de hipótesis, como Becker nota en su ensayo, *La Historia de Vida y el Mosaico Científico*:

Tal vez la razón principal del relativamente infrecuente uso de (la historia de vida) es que no produce el tipo de «descubrimientos» que los sociólogos esperan que produzca la investigación. Conforme la sociología paulatinamente se hace rígida y se «profesionaliza», más y más énfasis se le otorga a lo que, para simplificar, podemos llamar el *estudio único*. Uso este término para referirme a los proyectos de investigación que están concebidos como autosuficientes y autocomplacientes, que proporcionan toda la evidencia que uno necesita para aceptar o rechazar las conclusiones que ellos mismos ofrecen, cuyos resultados son para ser usados como

otro ladrillo en la construcción del muro de la ciencia -una metáfora bastante diferente que la del mosaico.

(Becker, 1970:72)

Lo que el positivismo descuida, pues, es el proceso por el cual se genera y desarrolla la teoría, una cuestión elaborada intensamente por Glaser y Strauss (1967) en su crítica al «verificacionismo». Ellos demuestran la importancia que tienen el desarrollo de la teoría y el papel que cumple en ese proceso la comparación sistemática. De todas formas, desde nuestro punto de vista, como el naturalismo aunque en menor medida, la «teorización fundamentada» representa una reacción al positivismo. En varios aspectos de su argumento Glaser y Strauss (1967) parecen subestimar la importancia de la verificación, sugiriendo incluso que la teoría «fundamentada», una vez desarrollada, está más o menos libre de la duda. Por supuesto, están en lo cierto cuando reconocen que la teoría emergente está normalmente sujeta a comprobación, al menos de una forma mínima, en el proceso de desarrollo. Pero las comprobaciones rigurosas y sistemáticas de la teoría desarrollada son sin embargo importantes, a pesar de que no puedan ser nunca absolutamente conclusivas.

De forma similar, Glaser y Strauss también tienden a rechazar las formas más descriptivas de etnografía (véase especialmente Glaser, 1978). Como los positivistas, tienden a ignorar la variedad de funciones diferentes que puede cumplir la investigación. Verdaderamente, ellos también parecen estar atrapados en el modelo de estudio único. Las descripciones de las perspectivas de una categoría o grupo social particular, o de padrones de interacción dentro de un determinado lugar pueden ser muy valiosas porque, además, pueden cuestionar los prejuicios que los científicos sociales llevan al campo. Eso es más obvio en el caso de sociedades «exóticas», pero el argumento también se aplica, en cierto sentido más intensamente, al estudio de nuestras propias sociedades.

Dentro de una determinada sociedad hay muchos círculos o capas diferentes de conocimiento cultural. Esto es especialmente cierto para las sociedades industriales con su compleja división del trabajo, multiplicidad de estilos de vida, diversidad étnica y comunidades marginales; y las subculturas y perspectivas que mantienen (y son generadas por) esas divisiones sociales. Esto fue, por supuesto, una de las bases más importantes de las investigaciones de la Escuela de Chicago. Sirviéndose de analogías con la ecología animal o botánica, salieron a documentar las diferentes formas de vida que se podían encontrar en las diferentes partes de la ciudad de Chicago, desde la «alta sociedad» de la célebre Costa Dorada hasta los guetos marginales como la Pequeña Sicilia. Más tarde el mismo tipo de aproximación se aplicó a las culturas resultantes de diferentes ocupaciones y grupos desviantes, así como de «mundos sociales» más difusos si cabe (Strauss, 1978) tales como los del arte (Becker, 1974), el *surfing* (Irwin, 1973) o las carreras (Scott, 1968). Describir tales «mundos» pone a prueba las presuposiciones y crea teoría.

La etnografía como método

Cuando empezamos a reconocer la complejidad del proceso investigador, de las diferentes funciones que éste puede cumplir y *los* fallos del modelo de estudio único, estamos mejor preparados para apreciar la contribución que la etnografía puede hacer a la ciencia social. Debería quedar claro que no entendemos la etnografía como un «paradigma alternativo» a la investigación experimental, de encuestas o documental. Más bien se trata simplemente de un método con unas ventajas y desventajas específicas a pesar de que, debido a la influencia del positivismo, sus virtudes hayan sido en gran medida subestimadas por muchos científicos sociales.

El valor de la etnografía tal vez se torne más obvio en relación al *desarrollo* de la teoría. Ya hemos mencionado su capacidad de retratar las actividades y perspectivas de los actores de forma que desafía peligrosas y equivocadas concepciones previas que con frecuencia los científicos sociales transfieren a la investigación. Como ocurre con el extranjero de Schutz (1964), es difícil para un etnógrafo mantener por mucho tiempo tales prejuicios durante un contacto directo y prolongado con la gente y el lugar investigados. Además, mientras la respuesta inicial a este contacto puede ser su sustitución por otras concepciones erróneas, con el tiempo, el etnógrafo tiene la oportunidad de verificar su comprensión de los fenómenos estudiados. Es igualmente importante señalar que la atención hacia las perspectivas y prácticas de un lugar nos provee de muchas más evidencias sobre la plausibilidad de diferentes líneas de análisis que las que están disponibles para el «teórico de sillón» o incluso para el que investiga con encuestas o experimentos.

También es importante aquí la flexibilidad de la etnografía. Puesto que ella no requiere de un diseño extensivo previo al trabajo de campo, como las encuestas sociales y los experimentos, la estrategia e incluso la orientación de la investigación pueden cambiarse con relativa facilidad, de acuerdo con las necesidades cambiantes requeridas por el proceso de elaboración teórica. Como consecuencia, las ideas pueden ser rápidamente comprobadas, y si son prometedoras se pueden llevar a la práctica. En este sentido la etnografía permite proseguir a través del desarrollo teórico de una forma altamente efectiva y económica.

De todas formas, la contribución de la etnografía no se limita a la fase de desarrollo teórico. Puede ser también utilizada para la verificación teórica. Por ejemplo, casos que son cruciales para la teoría -aquellos donde parece que ésta está fallando- pueden ser examinados a través de la etnografía; sin embargo no siempre es posible para la teoría macrosocial donde la escala del objeto investigado a menudo requiere investigación con encuestas. En cuanto a las variables, el hecho de que, a diferencia de los experimentos, no puedan ser físicamente manipuladas perjudica la evaluación de las hipótesis que compiten entre sí. Como ya notamos, la experimentación está fundada sobre la lógica de la comparación. Además, lo que se pierde en el control de variables puede ser compensado por el riesgo reducido de invalidación ecológica. Puesto que los procesos sociales se investigan en lugares cotidianos y no en lugares establecidos para los propósitos de investigación, se

minimiza el peligro de que los resultados sólo sean aplicables a situaciones de investigación. Adicionalmente, el uso que la etnografía hace de múltiples fuentes de información es también una gran ventaja. Ello evita el riesgo que resulta de confiar apenas en un solo tipo de información y la posibilidad de que las conclusiones sean dependientes del método. El carácter multifacético de la etnografía proporciona la base para la triangulación en que diferentes clases de información pueden ser sistemáticamente comparadas (véase capítulo 8). Desde nuestro punto de vista, ésta es la manera más efectiva para controlar las reacciones y otras amenazas a la validación.

Los trabajos de Hargreaves (1967), Lacey (1970), y Ball (1981) sobre las actitudes de alumnos hacia la escuela proporcionan un buen ejemplo de la forma como se puede usar la etnografía para comprobar la teoría. Ellos arguyen que el método usado por las escuelas para diferenciar a los alumnos, siguiendo criterios académicos y de comportamiento, especialmente vía localización homogénea en aulas según el rendimiento académico, los polariza en subculturas pro y antiescolares. A su vez, estas subculturas moldean el comportamiento de los alumnos dentro y fuera de la escuela y afecta su nivel de rendimiento escolar. Esta teoría se comprueba mediante ejemplos ilustrativos de tres tipos de escuela secundaria: *secondary modern* (Hargreaves), *comprehensive school** (Lacey), y *grammar school* (Ball).# Además, en el caso de *grammar school*, debido a que los nuevos alumnos ya han sido fuertemente enculturados en los valores de la institución en sus años de primaria, una variable crucial para la explicación del proceso de polarización (el trasfondo doméstico) está parcialmente controlada. De forma similar, en su estudio sobre *Beachside Comprehensive*, Ball examina los efectos del cambio del agrupamiento homogéneo a un agrupamiento que mezcla alumnos con habilidades diferentes, mostrando cómo con ello se aminora la polarización. Si tomamos estos estudios juntos nos damos cuenta de que la teoría está bien fundamentada, aunque no nos aporta una prueba absolutamente conclusiva. Pero tampoco existe ningún otro método que nos la dé.

Conclusión

Hemos examinado dos lógicas contrastadas de investigación social y sus implicaciones para la etnografía. Ni el positivismo ni el naturalismo nos proporcionan una estructura adecuada para la investigación social. Ambos desconsideran su reflexividad fundamental, el hecho de que hacemos parte del mundo que estamos estudiando, y que no hay cómo escapar a la inevitabilidad de confiar en el conocimiento del sentido común y en métodos de investigación basados en el sentido común. Toda investigación social se basa en la capacidad humana de realizar observación participante. Actuamos en el mundo social y somos capaces de vernos a nosotros y nuestras acciones como objetos de ese mundo. Al incluir nuestro propio papel dentro del foco de investigación y explotar sistemáticamente nuestra participación como investigadores en el mundo que estamos estudiando, podemos

desarrollar y comprobar la teoría sin tener que hacer llamamientos inútiles al empirismo, ya sea en su variedad naturalista o positivista.

Redefinir la investigación social en términos de su reflexividad también ilumina la comprensión de la función de la etnografía. Ciertamente es difícilmente justificable la visión de que la etnografía representa un paradigma alternativo a la investigación cuantitativa. Por otra parte, supone una contribución a las ciencias sociales mucho más poderosa que la que admite el positivismo. El resto del libro está dedicado a detallar detenidamente las implicaciones que la reflexividad tiene para la práctica etnográfica.

Comprehensive School. Escuela que mezcla en las aulas a alumnos con diferentes rendimientos académicos.

Grammar School. Escuela donde se imparten contenidos académicos como diferentes a los técnicos.